

á Jesucristo cuando comulgais indignamente? No le entregais como el pérfido Judas en manos de la Sinagoga: le entregais sí ¡qué horror! al demonio. ¿Cómo así? El que está en pecado mortal, es esclavo del demonio, que toma posesion de sus pasiones, de sus afectos, de todo cuanto tiene, y en este infierno doméstico coloca el pecador á Jesucristo (1).

Judas formó el inicuo plan de vender á su Maestro é hizo el trato con sus enemigos. Despues de hecho, se reune de nuevo á Jesus y Este que ha anunciado ya su Pasion y muerte, anuncia tambien quien es el traidor, dice el V. Beda, con el objeto de infundirle remordimientos, y darle lugar á penitencia, conociendo que estaban descubiertos para Jesucristo sus planes de iniquidad (2). Los Apóstoles oyen al Soberano Maestro, que uno de los que con El estaban sentados á la Mesa, le habia de negar. Todos se congojan, y sucesivamente le preguntan ¿soy yo, Maestro? Judas lleno de hipocresía hace la misma pregunta. Y el Salvador le responde: Tú lo has dicho (3). Pero ¡ay del que entregará al Hijo del hombre! Mas le valiera no haber nacido (4). Sin embargo, Judas permanece tranquilo é insensible, y en todo piensa menos en arrepentirse. A este modo, el Salvador se dirige á los sacrilegos que se llegan á la mesa Eucarística con las malas disposiciones con que Judas se llegó á la cena del Cenáculo: pero el sacrilego permanece como aquel insensible y consume la obra de iniquidad. Esos hi-

(1) Montargon. Diccionario apostólico.

(2) Qui de passione prædixerat, et de proditiõne prædixit, dans locum pœnitentiæ, ut cum intellexisset sciri cogitationes suas, et occulta consilia, pœntieret sui facti. Beda, Comment. in Luc. capitulo XXII.

(3) Math. cap. XXVI, v. 22-25.

(4) Ibid. v. 24.

pócritas, fieles á los compromisos que han contraido con sus pasiones, engañando á todos menos á Dios, se confunden con los verdaderos fieles, y se acercan al celestial convite. Como no vá ataviado con los vestidos de boda, el Salvador le dirige la misma pregunta que dirigiera á Judas en el huerto cuando al frente de los que fueron á prenderle le dá un ósculo de falsa paz: Amigo ¿á qué has venido? ¿Por qué me haces traicion con tu ósculo de paz? Si un estraño, si un enemigo lo hiciera, no me seria tan sensible: pero de tí, ¡cuán amargo me se hace! En vano. El sacrilego lleno de hipocresía, vé llegar á él el sacerdote, abre sus lábios y le dá por trono á Jesucristo el sepulcro de su corazon corrompido; ¡oh desgraciado, mas te valiera no haber nacido! ¡Ay del que con corazon manchado por la culpa se llega á la mesa del altar! ¡Ay del que cual otro Judas entrega al Salvador, si no á los judíos, á sus miembros pecadores! ¿Y cuál será el fin de los sacrilegos que de tal modo profanan el cuerpo del Señor? Recordad la parábola que os cité antes: Atado de piés y manos, arrojadle á las tinieblas exteriores. El infierno con sus tormentos es la paga de los imitadores de Judas.

¿Quereis que para vosotros sea la Comunión un pan de vida eterna? Probaos antes, como dice San Pablo y examinaos (1) arrojando de vuestro pecho la semilla del pecado. Para que así lo hagais y ya que habeis visto cuán grande es el pecado del que comulga indignamente, voy á demostraros toda la felicidad y dichas del que con las debidas disposiciones se acerca á la mesa Eucarística. Renovad vuestra atencion.

(2) I. ad Cor. cap. XI, v. 28.



## SEGUNDA PARTE.

La materia que nos ocupa es inagotable, porque las misericordias del Señor, y su caridad para con las criaturas son un abismo insondable. ¿Qué bienes resultan al hombre de la digna recepcion del sacramento de la Eucaristía? Oidlo de pluma de Santo Tomás: Recibiendo este Sacramento, se gustan en su mismo manantial las dulzuras espirituales (1). La Eucaristía, dice el Concilio de Trento, es un antídoto que nos preserva de los pecados mortales (2). No sería necesario decir mas para persuadiros á acudir con presteza á la participacion del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Suponed, cristianos, que Jesucristo hubiera hecho con vosotros lo que Elías con su discípulo Eliseo, que fué dejarle su manto, ó lo que hizo Asuero con Esther, que fué bajar de su trono, recibirla en sus brazos, y ofrecerle si lo queria aceptar la mitad de su reino: todo esto es poco, es nada en comparacion de lo que el Salvador hace con nosotros. Si quisiera dar á su Eterno Padre una prueba de lo mucho que le ama, no pudiera darle otra mayor ó que escudiese á la que á nosotros nos ha dado, que es su mismo cuerpo y su misma sangre.

Tres principios de perdicion reinan en el hombre, y son: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Hé aquí lo que á muchos arrastra de precipicio en precipicio has-

(1) Spiritualis dulcedo tanquam in proprio fonte gustatur. D. Thom. Op. 57.

(2) Anthidotum quo á peccatis mortalibus præservamur. Conc. Trid. Sess. 13, cap. 2.

ta hacerle dar en aquel del cual se hace imposible la salida. ¿Y quién podrá librarnos de tan terribles escollos? Tan solamente Jesucristo. ¿Y de qué modo? Uniéndonos á El por medio de la Comunión: porque de este modo permanece con nosotros y nosotros permanecemos en El: oid al Evangelista: *Manet in nobis et nos in illo*. ¿Qué puede temer el hombre estando unido con su Dios? El apaga la llama que nos devora en los deseos mundanos y nos dá la fuerza de los deseos del cielo: aumenta en nosotros el amor divino, y este amor apaga el fuego de la concupiscencia que arde en el corazon humano, nos hace adelantar las virtudes, y con ella vencemos la soberbia de la vida y nos da la fuerza necesaria para que sin tropiezo podamos caminar por las hermosas sendas de la justicia y de la perfeccion. El demonio nos combate, trata de hacernos caer de la altura de la virtud al abismo del pecado, y nosotros alimentados con el pan del cielo, nos hacemos superiores á sus esfuerzos, y vencemos siempre en la lucha.

Nos cercan las aflicciones del mundo, nos afligen las desgracias, nos postran las enfermedades, pero nada es capaz de hacernos caer en la desesperacion. ¿Y por qué? Porque Jesucristo que está con nosotros, que nos cria á las orillas de las aguas de su amor y de su misericordia, ilustra nuestra fé, abrasa nuestro corazon, y nos favorece con los mas piadosos afectos, que nos hace adquirir la paciencia para sufrir no solo con resignacion sino aun gustosamente. ¿Y cómo podria ser de otro modo existiendo entre Jesucristo y nosotros una union tan íntima como aquella que celebra la Escritura entre David y Jonatás?

¿No somos, mis hermanos mas felices sin compara-



cion que los hijos de Isrrael? Es indudable. Ellos se alimentaron con el maná que cual copiosa lluvia caía por las noches alrededor de sus tiendas: pero nosotros nos alimentamos con el mismo cuerpo del Dios hombre que quiso quedarse entre nosotros en prueba de que nos ama tiernamente.

¡Espléndido banquete! En él es admitido, el sábio y el ignorante, el pobre y el rico, el monarca y el vasallo. Todos reciben las mismas gracias, y participan de los mismos consuelos. ¡Oh! ¡Cuánto debemos á Jesucristo! ¡Con qué pagaremos dádiva tan preciosa, don tan inestimable! ¡Y aun hay cristianos que rehúsan participar de tan celestial banquete!... Son dignos de compasion. Bendice, alma mia, al Señor, y todo cuanto hay en mí sea reconocido á sus singulares favores (1). Que mi carne y mi corazon se alegren con este triunfo, pues que participo del Dios vivo (2). Yo quiero ¡oh mi Dios! habitar para siempre en tus Tabernáculos, y que vuestros altares sean siempre mi asilo (3).

Estoy persuadido que vosotros, mis hermanos amadísimos, deseais participar con frecuencia del Pan de vida eterna: que quereis vivir unidos á Jesucristo, y ser participantes de sus gracias y favores. ¿No es así? Pues bien: no basta que vayais á El purificados de vuestras culpas pasadas, sino con el propósito de vivir en adelante segun el precioso modelo que en El encontramos. Asi como en el órden natural, dos personas que se aman, que viven unidas, tratan de

(1) Benedic anima mea Domino, et omnia quæ intra me sunt, nomini sancto ejus Psalm. CII, v. 1.

(2) Cor meum et caro mea, exultaverunt in Deum vivum. Psalm. LXXXIII, v. 3.

(3) Altaria tua Domine virtutum. Ibid. v. 4.

conformarse en pensamientos, en usos, en costumbres, por que sin esto no existiria la paz doméstica, así el hombre que vive unido á Jesucristo por medio de la comunión, debe poner todo su cuidado en imitarle. La paciencia, la humildad, la obediencia y la pureza deben necesariamente resplandecer en el que es llamado á participar de las gracias del Sacramento. No llamaré vuestra atencion á la paciencia admirable de Jesucristo en los tribunales y en el Calvario, sino á la que hoy tiene en nuestros altares, donde sufre tantas profanaciones y tan repetidos insultos por parte de los malos cristianos. ¿No veis tantas irreverencias como se cometen en nuestros templos y ante su augusta presencia? ¿No veis esos que acuden á estas casas de oracion con objetos profanos y que estan en ellas con menos compostura que pudieran estar en casa de un amigo de confianza? ¿No veis que cuando Jesucristo Sacramentado sale de su Tabernáculo para dirigirse en manos del sacerdote y en alas de su caridad á buscar al pecador enfermo en su mismo lecho para llenarle de consuelo y servirle de viático ó compañero para la vida eterna, hay muchos que no paran siquiera su atencion, y otros que cuando mas hincan una rodilla en tierra, no de otro modo que lo hicieran los judíos cuando le saludaban como á Rey de burlas? ¿No veis esos que solo por ser vistos y sin disposiciones para ello, se llegan al altar, y sacrilegamente le reciben? Sin embargo, Jesucristo los sufre con la mayor paciencia, esperándolos con misericordia. Aprendamos, pues, de Jesucristo á sufrir con paciencia los ultrajes que recibimos de nuestros prójimos, que siempre son sin comparacion menos graves que los que se hacen al Salvador. El que no es paciente y sufrido, no es digno



de llegarse á la sagrada Mesa. El que conserva en su corazon ódio ó deseo de vengarse , apártese del convite celestial porque comerá su propia condenacion , su propio juicio.

La humildad es otra de las condiciones precisas. Si fijais la vista en Jesucristo Sacramentado le vereis humillado hasta tal extremo que no solamente oculta que es Dios, pero que ni siquiera aparece como hombre. Tan solo se presenta como un alimento comun y ordinario. El que se humilló en su nacimiento, en su vida y en su muerte, se humilla tambien en el Sacramento para que nosotros á su imitacion nos humillemos, y lleguemos á este augusto Misterio con los sentimientos de una profunda humildad. El hombre altanero y orgulloso no puede ser discípulo de Jesucristo y por consiguiente no puede recibirle dignamente. Humillémonos, y mientras mas humildes seamos, tanto mas participaremos de sus gracias.

Por último, la pureza ha de resplandecer necesariamente en el que ha de tomar asiento en la Sagrada Mesa. Esta es la disposicion mas natural y mas conforme con los sentimientos del Salvador. Por ser María la criatura mas pura que ha existido sobre la tierra, fué la única que mereció recibirle en sus entrañas. El que vive envuelto en los lazos de la sensualidad no es apto para recibir este Sacramento. La pureza de costumbres y la santidad de vida son requisitos indispensables.

No sirvan estas advertencias para retraeros de la participacion de este Sacramento por no consideraros dignos. Sírvaos, por el contrario, para que procureis prepararos dignamente por medio de una buena confesion, y para que practiqueis las virtudes cada dia

con mas constancia y fervor religioso. Si de tal modo os llegais á la sagrada Mesa , podeis llamaros felices porque el Señor unido á vosotros os colmará de gracias y de bendiciones. Hacedos dignos de recibir á un Dios que quiere darse todo á vosotros. No os detengais en llevar á cabo las santas resoluciones que habeis formado durante los dias de esta santa Mision: y ya que habeis visto demostrado cuán grave es el crimen de los que indignamente comulgan y cuán extraordinaria la felicidad de los que con las debidas disposiciones se acercan á este Sacramento de vida , llegaos sin temor siempre que creais ser de los segundos.

No olvideis , os ruego, las instrucciones que habeis recibido en estos dias, ni seais rebeldes á Dios que os las ha dispensado. Tened siempre presente la brevedad de la vida, la certeza de la muerte, el rigor del juicio, las penas del infierno y la felicidad de la gloria, y de este modo os decidireis á hacer penitencia por vuestros pecados y á acudir con frecuencia al manantial precioso de los santos sacramentos de la Confesion y la Comunión. Nada habriais adelantado con vuestra asistencia á estos santos ejercicios, si saliérais de ellos tan manchados como entrásteis, y un nuevo cargo se os haria en el dia terrible del juicio. Por lo tanto, dispuestos ya á reconciliaros con el Señor por medio de una buena confesion, y á alimentaros con el pan sagrado de la Eucaristía, arrodillaos á los piés del Salvador, y contritos y arrepentidos, decid conmigo de lo íntimo de vuestro corazon: *Señor mio Jesucristo, etc.*